

mo debemos decir respecto á la persona á quien hayamos de corregir. Si esta se encuentra en aquellos momentos de exaltacion en que la razon se turba, en que el entendimiento se anubla por los ímpetus de la pasion, nuestras reflexiones para hacer entender el bien que aconsejamos, ó el mal que reprobamos, serán lastimosamente desatendidas, y acaso empeoremos la situacion que intentábamos reformar. El profeta Natan sabe que David ha pecado gravemente; pero Natan no procede desde luego á corregirle echándole en cara su adulterio y su homicidio, porque prevé que esto seria provocarle á la ira y á mayores males; espera al tiempo oportuno, prepara su correccion, la hace con caridad y David confiesa á Dios su pecado, y se convierte absolutamente al Señor á quien ha ofendido.

No puede prescindirse tampoco del lugar, y del modo en que ha de hacerse la correccion fraterna. ¡Cuántas veces, A. M., ha cometido nuestro hermano un pecado lejos de las miradas de los hombres, sin que se hayan apercibido de él sino muy pocas personas! Entonces nosotros, consultando su honor, que debemos respetar cuidadosamente, es necesario que le amonestemos en secreto; así lo ha preceptuado nuestro divino Maestro: «reprende á tu hermano secretamente, nos dice, entre tú y él:» *corripe inter te et ipsum solum*. Pero si ese pecado ha sido público, no hay necesidad de esta caritativa precaucion; porque en este caso no se arriesga el honor de nuestro prójimo. La manera de hacer esta correccion la indica S. Pablo escribiendo á los fieles de Galacia: «Hermanos, les decia, si alguno como hombre fuese sorprendido en algun delito, vosotros que sois espirituales, amonestadle con espíritu de mansedumbre, y tú considérate á tí mismo no seas tambien tentado; piensa que tú estás espuesto á las mismas tentaciones y caidas:» *considerans te ipsum, ne et tu tenteris*. En esas palabras ¡cuánta prudencia, cuánto celo, cuánta caridad se encierran! Porque es de adver-

tir, H. M., que se ha de escusar, cuanto posible sea, al pecador para que reciba la correccion. ¿Quién sabe si su pecado será efecto de ignorancia, de fragilidad, de imprudencia, ó de preocupacion? Y todo esto lo advierte ese caritativo apóstol: *si preoccupatus fuerit homo in aliquo delicto*. Para que esta amonestacion sea mas autorizada, y sus resultados sean mas provechosos, deben principalmente los que por su cargo están llamados antes que los demás á corregir, trabajar por hacerse espirituales, pues el que ha de reprender debe ser irreprochable: *vos qui spirituales estis*. La correccion debe tambien ser instructiva, y por esto S. Bernardo aconseja que ha de procurarse adquirir razones bastantes para exhortar al que se corrige: *copiam in exhortando*, secundando de este modo lo que encarga el Apóstol: *hujus modi instruite*, y de tal manera se ha de hacer la correccion, que lejos de emplear en ella acrimonia y palabras amargas, se demuestre la compasion de misericordia, la benignidad y la mansedumbre: *in spiritu lenitatis*. Mas para todo esto se necesita examinarse á sí mismo con espíritu de verdadera humildad, anonadarse delante de Dios, y comprender que todos podemos incurrir en los mismos pecados que reprendemos en los demás; que «aquel que se crea mas firme tenga en cuenta que puede caer» como ha dicho á los de Corinto el mismo apóstol; «y que somos todos del mismo barro, y estamos espuestos á las mismas tentaciones y caidas,» á dicho de S. Agustin: *considerans te ipsum, ne et tu tenteris*.

¡Qué oportuna enseñanza, A. H. M., para cumplimentar cual es debido el precepto de la correccion fraterna que nuestro celestial Maestro nos ha impuesto, ejerciendo su santísima caridad! ¡Plegue al cielo que así lo comprendamos todos para bien de nuestros hermanos, y para nuestro propio bien! Porque, si estamos convencidos de que la verdadera caridad no se halla fuera del catolicismo, ora por las eminentes y especiales cualidades que la distinguen de la filantropía que



es la virtud de las sectas que se hallan fuera de nuestra comunión; ora porque el objeto de aquella virtud sobrenatural es el hombre, ya que sea amigo, ya adversario; pues siempre es nuestro prójimo y en todo tiempo y condicion debemos socorrerle, lo cual no practica la virtud de los filósofos, emprendamos desde luego el ejercicio nobilísimo y provechoso de la caridad; no solo socorriendo las necesidades materiales de nuestros hermanos, sino con especial cuidado y cristiano celo, las necesidades espirituales de los mismos, y entre estos con preferencia las que surgen de la infracción grave de la ley cristiana, empleando la corrección fraterna.

Desgraciadamente en nuestros días se ha olvidado la sagrada obligación que «nuestro Dios nos ha impuesto á todos y á cada uno, segun su respectiva condicion, de cuidar de su prójimo: *mandavit illis unicuique de proximo suo*. Desatendido este deber inquebrantable los pecados apenas encuentran correctivo en la disciplina de la caridad fraterna, y proclamando en todos los tonos nuestra fraternidad no se levanta una palabra de corrección, porque esto seria fallar á la mal entendida tolerancia que el filosofismo ha introducido en las sociedades modernas, lo mismo que en la familia. De aquí la honda perturbación que todos lamentamos y la multitud de escándalos que se suceden á la vista de todos, sin que haya una voz amiga que se alze para corregirlos. Otro seria, A. M., el estado de la familia y de la sociedad, si el amor á nuestros hermanos estuviera profundamente radicado en nuestros corazones; porque entonces no habria sacrificio que no ofreciéramos por salvar al pecador de su ruina, deteniéndole con nuestras amonestaciones en el camino de su perdición.

Pues bien; penetrados de estas verdades «servios unos á otros por la caridad del Espiritu, os diré con S. Pablo, porque toda la ley se resume en una palabra: Amarás á tu prójimo como á tí mismo: *omnis enim lex in uno sermone impletur*:

*Diliges proximum tuum sicut teipsum*. Así nos ha amado la Santísima Virgen María, no omitiendo sacrificio alguno durante su vida para que fuéramos felices. Sea esta Señora el modelo de nuestra caridad; estudiemos su vida con diligente celo, y atesoraremos riquezas de amor santo para ser útiles á nuestros hermanos, hasta que entremos en el oceano del amor de Dios en la patria celestial, y allí la alabemos con los serafines, dando gloria al Señor por los siglos de los siglos. Amen.